



Teknokultura

Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales

#ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (2014). Entrevista con Hélène Castel, por Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela. *Revista Teknokultura*, 11(2), 453-473.

Recibido: 30-05-2014

Aceptado con correcciones: 14-07-2014

Aceptado: 25-07-2014

Link open review:

<http://teknokultura.net/index.php/tk/pages/view/opr-230>

Entrevista con Hélène Castel, por Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela

*Interview with Hélène Castel,
by Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela*

*Entrevista com Hélène Castel,
por Fernando Álvarez-Uría e Julia Varela*

Hélène Castel
Psicoterapeuta
h.castel.h@gmail.com

Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela
Universidad Complutense de Madrid
furia@cps.ucm.es - jvarela@fis.ucm.es

RESUMEN

Entrevista a Hélène Castel, que a comienzos de los años 80 se refugió en México huyendo de la justicia francesa. Tras rehacer su vida con una identidad nueva durante 24 años, fue detenida por la Interpol, que había recibido de Francia una orden de extradición, cuando tan sólo quedaban escasos meses para la prescripción del delito. Comenzaba así para ella el interna-

miento en las cárceles, el aislamiento, los registros, los traslados, los largos días y noches en las celdas, las declaraciones en el Palacio de justicia, en fin, el juicio con jurado. A partir de su propia experiencia como reclusa, y como terapeuta *Gestalt*, Hélène Castel ha decidido trabajar con las reclusas y reclusos por un juicio justo y una justicia más democrática. La entrevista fue realizada con ocasión de su participación en las *Jornadas de Contrapsicología y Antipsiquiatría*, organizadas por el colectivo L-Mental de la Universidad Complutense de Madrid, los días 19-27 de febrero de 2014.

PALABRAS CLAVE

Justicia, psicoterapia, prisiones, vivencia personal.

ABSTRACT

Interview to Hélène Castel, who at the beginnings of the 80's went to Mexico to flee the French Justice. After 24 years of living a new life under another name, she was detained by the Interpol just a few months before the prescription of the crime. That was the beginning of a long imprisonment, isolation, transfers from one center to another, endless days and nights in the cells, statements in the Courthouse, and in the end the jury trial. From her own experience as a inmate, and as a *Gestalt* therapist, Hélène Castel decided to work with the inmates for a fair trial and a more democratic justice. The interview was conducted on the occasion of their participation in the Congress of Antipsychiatry and Counterpsychology, organized by the group L-Mental, from the Complutense University of Madrid, from 19-27 February 2014.

KEYWORDS

Justice, psychotherapy, prisons, personal experience.

RESUMO

Entrevista com Hélène Castel, que no começo dos anos 80 se refugiou no México fugindo a justiça francesa. Refaz sua vida com uma nova identidade durante 24 anos, e foi detida pela Interpol, que havia recebido da França uma ordem de extradição, quando somente faltavam

escassos meses para a prescrição do delito. Começava assim para ela a internação nos cárceres, o isolamento, os registros, as transferências, os longos dias e noites nas selas, as declarações no Palácio da Justiça, enfim, o julgamento com jurado. A partir de sua própria experiência como encarcerada, e como terapeuta Gestalt, Hélène Castel decidiu trabalhar com as detentas e detentos por um justo julgamento e uma justiça mais democrática. A entrevista foi realizada na ocasião da sua participação nas Jornadas de Contrapsicología y antipsiquiatría, organizadas pelo coletivo L-Mental da Universidad Complutense de Madri, nos dias 19-27 de fevereiro de 2014.

PALAVRAS-CHAVE

Justiça, psicoterapia, prisões, experiência pessoal.

P. Hélène, tu libro *Retour d'exil d'une femme recherchée* (2009), es un libro muy bien escrito, y muy reflexivo, con un *Prólogo* muy sensible de Nancy Huston.

H. Conocí a Nancy Huston¹ estando en la cárcel. Acababa de leer varias de sus novelas con problemáticas interesantes y quería escribirle, ya que desde la cárcel escribir era la única forma posible para comunicar con el exterior. Por pura casualidad, Nancy Huston había planeado dar una charla a un círculo de lectoras en la biblioteca de la cárcel de Fleury Mérogis, y así fue como la conocí. Luego acudí a testificar a mi juicio, y desde entonces seguimos viéndonos.

P. Bueno, pues a nosotros nos da mucha alegría poder charlar hoy contigo, en esta misma mesa, en donde tan buenos ratos pasamos con tu padre, con Robert Castel, y en donde también le hicimos algunas entrevistas para Revistas como *Archipiélago* (1997) o *Viento Sur* (2002), e incluso, creo recordar, para el diario *El País*. Por lo tanto esta es una ocasión muy especial para nosotros.

H. Para mi también es conmovedor estar aquí con vosotros. Muchas gracias por la invitación a las Jornadas de psicología crítica de la Universidad Complutense en las que acabo de participar (26-II-2014).

P. Conocemos a jóvenes universitarios, algunos incluso amigos nuestros, que pertenecen a grupos radicales, que están reclusos ahora en prisión preventiva. Son jóvenes idealistas, antisistema, pero en este caso la mayor parte son también nacionalistas, independentistas gallegos, y, aunque son jóvenes, ya no son tan jóvenes puesto que han terminado una carrera universitaria. Sus acciones no implicaron crímenes de sangre, pero les pueden costar muchos años de cárcel si tenemos en cuenta la dureza de la legislación antiterrorista, y cómo la aplican mecánicamente los jueces de la Audiencia Nacional. Por supuesto tu caso es diferente, pues tú eras prácticamente adolescente cuando entrarse a for-

¹ Nancy Huston es una escritora canadiense que vive en Francia desde los años 70. Escribió ensayos, algunos relacionados con los problemas de género, especialmente durante el tiempo en que estuvo ligada al Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLF). Escribió también novelas, obras de teatro y literatura infantil. Se interesó igualmente por la música y por el cine.

mar parte de un grupo que también se rebelaba contra el orden establecido por considerarlo injusto. ¿Has pensado alguna vez sobre qué factores pueden influir en la formación de estos grupos?

H. La verdad es que no me siento muy legitimada para contestar porque, tal y como yo lo podía percibir a finales de los 70, el grupo del que formaba parte era quizás menos estructurado. No teníamos una meta muy clara, lo nuestro era bastante desorganizado y caótico. No me siento con suficientes conocimientos como para imaginarme los factores que pueden influir en el radicalismo de estos jóvenes gallegos que mencionas. Lo que entendí de lo nuestro era más bien que nos sentíamos bastante impotentes frente al “sistema”, tal y como estaba orientándose hacia el desarrollo financiero ultraliberal y también represivo que conocemos desde entonces, ya que esa época era el final de los llamados *treinta gloriosos*. No teníamos muchos medios a nuestro alcance, ni siquiera intelectuales, ya que no éramos estudiantes... Nuestra actitud era más bien de denuncia, más destructiva que constructiva; una actitud de rechazo hacia ese mundo tal y como entonces se perfilaba.

P. Era el post 68, y todavía flotaría en el ambiente el espíritu de la insurrección estudiantil.

H. Me imagino que ya serían los coletazos del 68, pero ya habían pasado más de diez años. Yo en el 68 tenía nueve años, así que para mi generación no había sido una vivencia directa. Lo que predominaba en el grupo era un fondo de nihilismo, defendíamos los *squatts* u okupas (ocupaciones ilegales de edificios), cuestionábamos la legalidad que daba el poder a los especuladores inmobiliarios, sabíamos que la “gente pequeña” que iba a ser expulsada no tenía otro remedio que irse a suburbios en los que no tendrían la vida de barrio que conocían. Éramos una especie de “rebeldes sin causa”, porque no existía una esperanza de construir otra cosa alternativa al orden impuesto. Después de unos dos años en esta situación, cuando perdimos la batalla, la idea que nos llevó a cometer este atraco era irnos fuera de Francia, donde pensábamos que habría más posibilidades de construir algo distinto. Las aspiraciones de nuestro grupo, en el que había chicas y chicos, eran sin duda menos intencionadas que las de esos grupos a los que hacéis referencia.

P. En el atraco murió uno de los chicos, y resultó herido un policía. ¿Pensabais que lo que ibais a hacer implicaba un riesgo tan grave?

H. Sí, creo que sabíamos que corríamos un riesgo fuerte, pero también pensábamos que era poco probable, pues había habido otros atracos y no había pasado nada. Era la época de Mesrine², el “enemigo público número uno”, y de muchos otros Robín Hood que “se servían” del dinero, allí donde estaba, para redistribuirlo entre los que no tienen nada. En nuestro caso la falta de experiencia nos llevó a que permaneciésemos demasiado tiempo en el banco, de modo que, cuando salimos ya estábamos rodeados por la policía. Posiblemente bastó que alguien tocara la alarma y, al estar el banco en un barrio céntrico, la policía llegó muy pronto.

P. ¿Piensas que en el interior del grupo podía haber policías infiltrados?

H. No creo, no éramos un grupo suficientemente interesante para la policía, pues no había detrás un proyecto realmente político.

P. ¿En qué pensabais utilizar el dinero del atraco?

H. Pensábamos en irnos a un país de América Latina y crear un espacio alternativo de vida, de cultura. Teníamos un proyecto a grandes rasgos, tampoco estaba muy bien definido lo que íbamos a hacer.

P. ¿Era un proyecto más libertario que marxista, cercano a *Acción Directa*?

H. En efecto, era un proyecto más bien libertario, pero para nada nos considerábamos cercanos a *Acción Directa*, que era un grupo bastante ofensivo, con unos objetivos políticos extremos, que estaba más estructurado y definido. El nuestro era un grupo más bien utópico.

² Mesrine fue un importante delincuente francés que asaltó bancos y joyerías. Se escapó varias veces de la cárcel, y estuvo en Estados Unidos y Venezuela desde donde regresó a Francia a principios de los años 70 huyendo del FBI. El Estado francés lo declaró *enemigo público número uno*, y la policía lo detuvo. Escribió en la cárcel su autobiografía, titulada *Instinto asesino*. Se fugó de nuevo y siguió con atracos y secuestros. Murió tiroteado por la policía en circunstancias poco claras, lo que hizo que su abogada abriese una investigación por asesinato.

P. En todo caso tu vida cambió radicalmente a partir de ese momento. Tuviste que exiliarte. Huiste a México, encontraste allí a una amiga, y pudiste rehacer tu vida con nombre supuesto. Debió de ser muy difícil para ti, sobre todo al principio, ya que tuviste que aprender otra lengua, conocer otra cultura...

H. Sí, por supuesto. Toda la gente en el exilio debe vivir algo así, volver a aprender un idioma, conocer a nueva gente, aprender nuevas costumbres... Pero quizás lo más difícil es que no puedes darte a conocer tal y como eres, la gente no puede comprender el proceso en el que andas, ya que tienes que ocultar lo que fuiste. Tienes que volver a desarrollar una nueva forma para construir lazos en este contexto extraño, ya que lo que hace que te reconozcas pertenece a otro sitio, a otro mundo. Solo empiezas a desenvolverte otra vez como persona a partir del momento en el que decides tomar parte en acciones que compartes con otras personas, y así empieza un reconocimiento mutuo. Por eso mucha gente que llega a otro lugar busca encontrarse con sus compatriotas, lo que para mí no tenía ningún sentido, ya que tenía que evitar ser reconocida, identificada, debía fundirme en el paisaje. Tuve la suerte, al ser joven, de poder adaptarme, y además en México me encontré con gente muy linda, luchadora, comprometida en unas problemáticas humanas y sociales con proyectos fuertes y constructivos en los que me involucré rápidamente.

P. Bueno, de hecho hablas de México como de tu segunda patria. Allí hiciste amigos y amigas, tuviste a tu hija María y también te formaste como terapeuta. Hablas menos en el libro de cómo elegiste la psicoterapia, y en dónde te formaste.

H. Fue un poco por casualidad. Primero decidí hacer una terapia yo misma, cuando mi hija era muy pequeña, porque encontré que había huecos, vacíos, misterios en mi propia trayectoria. Y poco después me encontré con una mujer que había creado un Instituto de formación en terapia *gestáltica*, en Jalapa, la ciudad mexicana en dónde estaba viviendo, y nos hicimos amigas. Empezamos a hablar de la terapia *Gestalt*, me pareció apasionante, y ella me invitó a formarme en su Instituto. Fue así como empecé a estudiar una diplomatura de dos años intensivos, y luego a ejercer como terapeuta. Después, seguí con la formación continua y llegué a ser supervisora en el Instituto, pero ya no pude asumir otras funciones, pues no tenía posibilidades de presentar un currículo mexicano.

P. Así fue como empezaste a ejercer como terapeuta. Supongo que el poder trabajar también debió de ser importante para tu adaptación, para rehacer tu vida.

H. Antes, había tenido un taller de serigrafía durante unos diez años, pero tuve que dejarlo porque los productos químicos eran dañinos. A partir del 94 tuve un consultorio durante otros 10 años, mientras seguía participando en las actividades de este Instituto. Allí venían formadores de otros países de América Latina y de Estados Unidos, y también directores de Institutos de formación en terapia *Gestalt* franceses. Hice la traducción simultánea del francés en sus Seminarios y de este modo conocí otras corrientes que me interesaron, y me quedé con ganas de estudiar con algunos de ellos en Francia. Por desgracia eso no era entonces posible, pues era una prófuga en mi país. Solo posteriormente, con mi extradición y cuando superé mis problemas judiciales, pude inscribirme en la formación completa que impartían en Grenoble. De hecho, cursé ya cuatro años, y todavía me falta un año y medio que pienso terminar.

P. Hay un momento que parece muy duro en tu libro, el momento de la detención, la forma cómo te detuvieron en México. Te introdujeron en un coche furtivamente y con engaños. La policía no llegó a entrar en la casa, supongo que necesitaban un mandato judicial para entrar.

H. Tal vez, pero sobre todo tenían miedo de que me defendiese. ¡Nada más lejos de la realidad! Por eso trataron de sacarme de casa, se imaginaban cosas, como que podía tener un arsenal de armas, al menos eso me dijeron después. Así que me mintieron, llamaron a la puerta y me dijeron que venían por un asunto relacionado con las elecciones, en cuanto salí me atraparon entre cuatro y tal como estaba me metieron en la furgoneta. No me dejaron que volviese a entrar en casa, así que no pude coger nada - salvo mi agenda que llevaba conmigo. Esto me salvó, pues pude hacer mis llamadas y organizarme desde dentro de la cárcel. Me llevaron sin que pudiese avisar a nadie.

P. Otro momento importante es cuando llegas a la comisaría y ves una foto tuya sobre la mesa de cuando eras joven en París, es decir, de veinte años antes. En ese momento te diste cuenta de que te habían localizado. Por lo que dices en el libro debió ser un momento en el que luchaban en ti tus dos identidades. Debió de ser duro, pero también el momento en el que el desdoblamiento se acaba y ya puedes ser quien realmente eres.

H. Sí, fue un momento sorprendente. De pronto me di cuenta de que era a mí a quien buscaban, pues hasta entonces no estaba segura, y de repente volvió a estar presente mi antigua, “mi verdadera” identidad, al ver mi foto de hacía 25 años. Y por otro lado lo extraño es que lo viví como una especie de liberación. Me dije: ¡pues ya está, al fin puedo dejar de ocultar mi identidad, al fin puedo ser quien soy!

P. Lo terrible es que además solo faltaban cuatro días para que prescribiera tu delito. ¿Crees que eso fue buscado deliberadamente por la policía francesa?

H. Sí, porque Sarkozy, que era entonces ministro del Interior, puso en marcha una comisión “en la búsqueda de los fugitivos” y empezaron por aquellos a los que les faltaba menos tiempo para que prescribiera su falta. Había otra persona y yo que estábamos a punto de librarnos. En mi caso la policía mexicana tardó un tiempo en detenerme porque decía que yo era mexicana, que incluso había participado con mis vecinos en poner en pie la colonia en la que vivía: lo instalamos todo, desde la luz, el agua, el drenaje, el teléfono, etc. Los policías mexicanos les decían a los franceses que se equivocaban. De ahí que faltara tan poco para la prescripción.

Hubo seguramente varias razones por las que esta comisión, cuya misión era arrestar a los fugitivos, se pusiera en marcha, y una era que estaban intentando rechazar el asilo político que hasta entonces había habido en Francia para los italianos acusados de terrorismo. Cuando llegué a París había dos italianos que trataban de anular la decisión de extradición en su contra y que entonces eran clandestinos, pues habían estado como refugiados políticos desde los años 70, aunque su estatuto no era totalmente legal. En ese momento Sarkozy quería mandarlos para Italia. En mi caso hicieron una campaña política diciendo que pertenecía a *Acción Directa*, algo que no era verdad. Creo que si se desencadenó esa campaña mediática fue para justificar un ambiente de peligro, de inseguridad y de represión, con el fin de intensificar la búsqueda de estos llamados fugitivos. Debieron de pensar algo así como: “a esta la traemos aquí para que pague, y de este modo podemos enviar a los italianos a que paguen en su país”.

P. El libro muestra bien lo difícil que es vivir en una cárcel, un espacio de aislamiento, duro, una compleja maquinaria de control de cuerpos y almas, si bien cuentas que encontraste también ayuda, sobre todo en México, donde la prisión te pareció, desde el punto de vista de la sociabilidad, menos dura que la francesa.

H. Sí, claro, incluso en una cárcel de tipo colectivo, como en México – y también aquí en España, según parece – la convivencia puede ser muy dura, debido a las luchas de poder, los robos, los negocios turbios, la desconfianza.

P. Esas mafias ¿existen entre las funcionarias y funcionarios, entre el poder instituido, o también entre las presas?

H. El poder oficial ahí está, se está a su merced, y por supuesto que algunos carceleros abusan de su poder, como en todos lados. Pero entre las presas también se establecen relaciones de poder, porque hay presas que tienen dominio sobre otras, o más dinero, e incluso algunas pueden generar un tráfico que también aprovecha a las carceleras que las protegen. En la cárcel hay corrupción en muchos sentidos. Pero también se pueden establecer alianzas, y con las redes de solidaridad que existían en las prisiones mexicanas en las que estuve se vivía mejor que en un aislamiento mucho más fuerte, como el de las cárceles francesas. Por otro lado hay cosas interesantes e importantes en México, pues hay personas de la sociedad civil que están muy presentes en la cárcel, todo el día y todos los días. Te ayudan, están ahí para vigilar que se respeten los derechos humanos, las reglas penitenciarias, para facilitar que vayas a la enfermería, si lo necesitas, para escribir una carta, si no lo sabes hacer, para explicarte como funcionan las visitas, que por cierto son mucho más fáciles de obtener en México que en París.

Hay también todo un aspecto del encierro en México, cuyo funcionamiento no conozco por experiencia, porque no me ha tocado vivirlo, ya que me iban a extraditar y mi encierro allí solo duró tres meses, que tiene que ver con lo que puede pasar cuando vas a ser juzgada. Para pasar de la cárcel al juzgado parece que hay túneles que tienes que recorrer, que son zonas de no-derecho. En ese vacío legal puedes estar a merced de personas que quieran aprovecharse de esa tierra de nadie.

P. En España existe un juez de vigilancia penitenciaria que puede entrar en la cárcel y observar si se comenten delitos, si hay malos tratos...

H. En México lo que daba mas seguridad eran esas personas de la sociedad civil - ese ojo externo – pues estaban presentes todo el tiempo. Las instancias oficiales van muy de cuando en cuando a la cárcel, y no son tan eficaces. En Francia en cambio el Controlador General de los Lugares de Privación de Libertad (CGLPL) puede irrumpir con su equipo en todos los lugares en donde encierran a la gente, no solo en las cárceles. Es una figura independiente. Llegan y hablan con los presos, con el personal de la penitenciaria, con los trabajadores independientes, como los de la educación pública, los médicos, para levantar acta de las condiciones de encierro. Pueden entrar en todos los sitios, y luego con todos esos materiales publican informes muy interesantes sobre las condiciones de encierro que observaron en tal o cual lugar. En la actualidad el Controlador General es Jean-Marie Delarue. Lleva casi 6 años en el cargo y ya va a tener que dejarlo en junio pues ha cumplido su mandato. Es una persona valiosa, que ha podido denunciar determinadas situaciones de abuso o malos tratos, y que, aunque no tiene un poder directo para cambiar las cosas, su papel de observador es muy importante porque puede hablar con diputados, con los medios de comunicación... También ha logrado intervenir a veces directamente en situaciones precisas, como cuando ha habido funcionarios muy racistas y abusadores, y ha logrado parar esa situación. De hecho en Francia hay sindicatos de funcionarios de prisiones que tienden a cubrir a estos compañeros que pueden así seguir abusando de su poder de forma ilegal por mucho tiempo.

P ¿Sigue existiendo en Francia el *Grupo de información sobre las Prisiones* (GIP) en cuya creación intervino Michel Foucault?

H. Sí. Pero además hay otros, está el *Grupo de Reflexión sobre la Prisión*, y el OIP (Observatorio Internacional de las Prisiones), que está coordinado en la sección francesa por Lazarus, quien, efectivamente conocía a Foucault, así como institutos de investigaciones en criminología, y muchos otros grupos, más o menos locales. Y ahora, con el cambio del gobierno socialista ha habido algunas posibilidades de que estos grupos pudieran hacer propuestas a la ministra de Justicia, y ella las ha tenido en cuenta.

P. Otra cosa que, según dices, te ayudó mucho en la prisión, fue poder escribir para cubrir ese vacío de tiempo. Y también poder leer.

H. Ese vacío es tremendo. Todos los que estuvieron en la cárcel dicen que allí no pasa el tiempo. En México era difícil escribir, porque había mucho ruido, así que durante el día podía copiar cosas, pero no pensarlas. Así que escribía por la noche, cuando no había luz, y todas estaban dormidas, y copiaba mis notas el día siguiente. En Francia en cambio hay demasiado silencio en ciertas divisiones. ¡Es tremendo! Y cuando estás encerrada en la celda, como mínimo durante 18 o 20 horas al día, cuando estás sola en una celda de 9 metros cuadrados, o de 2 ó 3 – yo elegí estar sola, y la verdad es que lo prefería, aunque no siempre es sencillo tampoco – tienes que proponerte hacer algo con ese tiempo, si no quieres volverte loca, o deprimirte. Imagínate que cuando es verano, cenas cuatro horas antes de que anochezca ¡y no te abren la puerta de la celda hasta las 7 de la mañana siguiente, pase lo que pase!

P. No se entiende por qué hacen eso los funcionarios, a no ser que sea una forma de someter a las presas y a los presos a unos “rituales de degradación del yo”, o de “mortificación del yo”, como decía Erving Goffman (1970) en *Internados*.

H. No sé, pero pienso que puede tener que ver con el hecho de que las primeras cárceles estaban regidas por monjas. Quizás este ritmo conventual, levantarse a las 6 de la mañana, cenar a las 6 de la noche, esa disciplina de vida, supuestamente propicia para el recogimiento, tenga algo que ver con que la cultura francesa de las cárceles siga ligada a la cultura monacal. Las monjas siguen estando todavía en algunas cárceles, realizando ciertas actividades. Ese aislamiento era muy fuerte también por otros motivos. Cuando llegué a la cárcel de Fleury-Mérogis, pasé un mes sin poder ver a nadie del exterior, no dejaban tampoco hacer llamadas telefónicas (esto ahora ya ha cambiado), y las visitas estaban muy controladas y eran escasas, a diferencia de lo que pasaba en México. Hace poco he pedido una autorización para hacer una visita a una presa y me la han denegado. Voy a apelar contra esa decisión. Pero a veces hay jueces que son muy duros e impiden que la gente vea a sus hijos, a su pareja, a sus amigos. En otras ocasiones son los propios directores de la cárcel los que mantienen cerradas sus puertas, más para ciertos presos que para otros. Y por supuesto leen las cartas que se reciben y las que escriben las reclusas y reclusos.

P. La gente que está en las cárceles proviene en su mayoría de las clases populares. ¿Hay una población distinta en México y en Francia?

H. En México, hace diez años, las personas que vi en la cárcel estaban allí por problemas relacionados con cruzar la frontera para pasar ilegalmente a los Estados Unidos, con la droga, con robos... En Francia la población que vi era más urbana, jóvenes de pequeñas bandas, muchos relacionados con las drogas, con asaltos, robos. En todos lados hay también problemas relacionados con la prostitución, la violencia conyugal y los delitos sexuales... Estos últimos están aparte porque los presos los ven mal, y adentro pueden ser muy maltratados. También hay presos por peleas de borrachos, por accidentes en la carretera... Lo que más hay es gente de los suburbios, que se mueven en el interior de una economía ilegal. En México hay una mezcla mayor en las cárceles, también hay presas y presos de zonas rurales. Allí, los de más abajo son los que provienen de la población autóctona, los indígenas, y en Francia son los que provienen de la inmigración.

P. ¿Hay psicólogos en las cárceles?

H. En Francia, sí. Los psicólogos y los médicos tienen sus despachos en la mayoría de las cárceles, aunque sean independientes de la institución carcelaria, y tienen la obligación de confidencialidad, como en todos lados. A veces, tienen que pelear para conservarla debido a las presiones. Algunos presos van a verlos, porque así lo deciden; otros van porque piensan que les puede servir para disminuir su tiempo de prisión. También van los que quieren una medicación, pastillas, pero lo que buscan no son encuentros con un psicólogo, sino poder aguantar, dormir.

P. Supongo que tú tenías un estatuto especial por tu formación y por proceder de una clase media ilustrada...

H. Sí, y también por otras razones. Cuando se dieron cuenta de que había participado en un atraco, eso me colocó desde el punto de vista de los reclusos en una posición favorable, ya que es un delito que está muy valorado, está en la cúspide de la pirámide. Por otra parte, como los medios hablaron de mi como si fuese de *Acción Directa*, las presas vascas me acogieron y se portaron muy bien conmigo, así que ya estaba considerada como formando parte de un grupo, si bien yo no tenía nada que ver con la lucha armada. Y además ¡era considerada una *presa peli-*

grosa, por la fama que me crearon los periodistas! A esto se sumaba que ya era una chica de cierta edad, bastante conciliadora, y eso facilitaba las cosas.

P. No solo tenías un estatuto especial, sino que tanto en México como en París enseguida se formaron grupos de apoyo. Eso además de darte mucha alegría debió de ser importante para ti.

H. En México se formaron comités y unas setenta personas empezaron a ocuparse de apoyarnos, a mi hija y a mí. Estuvieron cotizando para que mi hija pudiera seguir llevando la vida que llevaba antes. Para ella fue muy importante saber que su madre estaba muy apoyada y bien rodeada, que la seguían viendo como una persona valiosa, que no se creían lo que decían los medios de comunicación. Y llegando a Francia pasó igual con los amigos de antaño y la familia, nos apoyaron mucho, y mi padre enseguida se ocupó de buscarme un estupendo abogado para que me defendiese.

P. ¿Sentías miedo de cara al proceso?

H. Sí, claro, porque el juicio siempre es un tanto aleatorio, depende del juez que te toque, del fiscal, y del jurado, que está formado por personas de la sociedad civil. El juicio duró tres días. Mi abogado podía recusar a alguno de los miembros del jurado en función de la edad, la profesión, etc. En mi caso, por ejemplo, puesto que se trataba de un asalto a un banco, no convenía obviamente que estuviese alguien que trabajase en un banco o fuese policía. El Presidente del tribunal se mostró bastante favorable desde el principio, le parecía absurdo que fuese juzgada, 25 años después, una persona que no había vuelto a delinquir y que había rehecho su vida. El interrogatorio puede tener un tono muy diferente según cómo se comporte el Presidente. Los abogados me habían dicho que lo peor que me podía pasar era que me condenasen a 5 o 6 años, y como ya había estado en la cárcel más de un año – había salido de forma provisional, por lo que llegaba libre al juicio –, prefería no regresar allí ¡y menos por varios años!

P. Entre los que declararon estaban incluso algunos de los jóvenes que habían formado parte del grupo que atracó el banco.

H. Tuvieron la obligación de hacerlo. Y eso fue muy grave porque no solo habían cumplido ya su pena, sino que habían logrado la rehabilitación, lo cual quería decir que la justicia debía de protegerlos para que nadie pudiera enterarse de su pasado con la justicia. Sin embargo el juez

los hizo comparecer como cómplices, y cuando pidieron que su declaración se hiciese a puerta cerrada, se les denegó. Para ellos el juicio suponía un peligro, ya que se le dio mucha publicidad. Tenían que decir su nombre, dónde trabajaban, etc. Entonces fue interesante ver que hubo un acuerdo entre los periodistas para protegerlos, dado que la justicia no lo hacía, así que decidieron que no salieran sus nombres en los medios de comunicación. Pero para ellos estar en el juicio fue terrible. El día que se supo el veredicto del proceso, en 2006, el informativo de las 20 horas, que es el de mayor audiencia, dio la noticia del veredicto, incluso antes de avanzar las noticias internacionales, de modo que salió en todas las televisiones, las radios, los periódicos. Esto fue muy duro para nosotros, en especial para mis amigos de la época de los hechos, por supuesto.

No creo, frente a lo que dices, que esta publicidad tuviese nada que ver con mi padre. Lo que a él le resultó difícil fue que siempre había establecido una separación clara entre su vida profesional y su vida privada, y el hecho de que ésta saliera a la luz no le agradó nada. Hablamos y le comenté que los abogados decían que para la defensa se iba a tocar mi juventud y mi niñez, y que de todos modos él tendría que declarar. El estaba dispuesto a decir que posiblemente había hecho algunas tonterías cuando era un padre joven, que entonces se tenía otra imagen de la familia y que pensaba que lo que yo había hecho era una verdadera chiquillada.

P. En el libro señalas que cuando viste de nuevo París sentiste una gran alegría

H. Fue increíble. Encontrarme de nuevo en París me conmovió durante mucho tiempo. Cuando iba de la cárcel a ver al juez, al Palacio de Justicia, que está en el mismo centro de París, en la *Cité*, no podía dejar de mirar por la ventana, aunque estaba toda ella obstruida por las rejas.

P. Se suele decir que entre las funciones de las cárceles no solo está castigar, sino también reinsertar...

H. Ese es un tema bastante complejo. Las condiciones que hay en las cárceles no ayudan a la reinserción. Hay estudios que muestran que cuanto más duras son las penas y cuanto más tiempo se pasa en la cárcel, menos posibilidades hay de reinserción. Ahora existe una corriente que está pidiendo que las penas cortas, las penas menores de cinco años - que son la gran mayoría - no se cumplan en la cárcel. Pero la ley está en trámite todavía y no se sabe qué va a resultar de los estudios y las discusiones que ha habido desde que Madame Taubira encabezó el Ministerio de Justicia del gobierno socialista. Pronto se va a votar una nueva legislación penal y esperemos que

para los hechos menos graves la pena se trasmute en un tiempo dedicado al servicio a la comunidad, o se adopten otras formas de reparación menos dañinas que el encierro. Las condiciones de prisión son muy duras. ¿Cómo puedes pedir a los presos que respeten a los demás, si ellos no son respetados por la institución que encarna la justicia? Las nuevas cárceles están diseñadas para albergar a centenares de presos, es decir, es lo peor para poder desarrollar relaciones a escala humana. Aun así hay una sobrepoblación tal que hace que el trabajo de los funcionarios de las prisiones sea cada vez peor y la violencia se incrementa. El problema es que el tema de la seguridad se ha vuelto uno de los argumentos claves de la derecha: muchas campañas mediáticas estigmatizan “a los de abajo” que cometen actos ilícitos, pero, aunque parezca paradójico, protegen a los políticos corruptos... Una parte de la sociedad está pidiendo que las penas sean aun más duras, así que los debates en torno a esta nueva ley serán seguramente muy partidistas, y no tendrán en cuenta el daño irreversible que se está haciendo a los que están cada vez mas excluidos de la sociedad, y por lo tanto a toda la colectividad.

P. De hecho, cuando saliste libre, después de haber pasado casi un año en la cárcel de Fleury-Mérogis cerca de París, pensaste que tenías que hacer algo que ayudase a transformar la situación de los presos, especialmente con el fin de prepararlos para que pudiesen defenderse mejor cuando tuviese lugar su juicio. Al mismo tiempo que estabas escribiendo el libro, que es también una denuncia de las condiciones de vida de la cárcel, empezaste a realizar otras actividades. ¿Puedes contarnos algo respecto al espectáculo *Femmes de parloir, traces de vies détenues*, que pusiste en marcha en 2007, con Brigitte Patient? ¿Qué repercusiones tuvo?

H. Brigitte era una amiga muy querida de cuando éramos adolescentes. Nos volvimos a ver por primera vez, después de 25 años sin tener noticias la una de la otra, cuando me fue a visitar a la cárcel. Fue muy surrealista encontrarnos así, exactamente durante una media hora, en un lugar cerrado de 2 metros cuadrados, con mujeres en uniforme detrás de nuestras puertas y una mesita de cemento separándonos. Ella había hecho muchos trámites y había recorrido kilómetros para poder visitarme. Brigitte regresaba a su vida y yo volvía al encierro, después de esta enorme apertura sobre el pasado y el presente de nuestra relación. Como solía suceder entonces, después de cada visita yo tenía que empezar por desnudarme frente a una funcionaria para que chequease que no me llevaba nada de afuera. Era esta una situación humillante, de la cual es difícil distanciarse para no perder lo bueno que acababa de pasar durante la visita.

Cuando salí definitivamente (salí libre del juicio, no me volvieron a encerrar), Brigitte me propuso que hiciéramos lecturas públicas juntas y así nació la idea de escoger textos que nos parecían interesantes sobre las relaciones entre el interior y el exterior de las cárceles, relaciones que son muy poco facilitadas por la institución penitenciaria. Encontramos textos bellísimos de testimonios sobre cómo se vive la ausencia de los seres queridos, los encuentros tan reducidos con ellos; sobre cómo la imaginación da alas, y también cómo la realidad, cuando uno sale después de mucho tiempo de encierro, suele ser terrible si no tiene a nadie esperándolo... Todo esto se convirtió en una “lectura-representación” en la que ella y yo leíamos los textos, que iban intercalados con grabaciones de nuestra propia experiencia sobre nuestros encuentros en los locutorios. Contamos con la dirección de Maxime Paz para estas representaciones y últimamente hemos ido a presentar la lectura a dos lugares de provincia.

Empezamos en 2007 y vimos cómo estos textos, que habíamos escogido entre otros muchos por su calidad de testimonios muy íntimos y sensibles, permitían al público descubrir una de las facetas más humanas de la cárcel, e interesarse por los presos. La experiencia fue tan impactante que me llevo a intentar escribir, de esta misma forma muy personal, mi vivencia y mis reflexiones en torno a la experiencia de ser detenida y la dificultad para prepararse, en estas condiciones, para un juicio.

Con anterioridad ya tenía la inquietud de alertar a la opinión pública sobre la incongruencia de pretender organizar un juicio en torno a una persona sin haberle dado, de antemano, los medios para encarar estos momentos de interrogatorios y audiencias, tan decisivos para su vida. Uno se prepara durante meses o años para un examen o para una entrevista con el fin de buscar trabajo, y no hay nada previsto para el juicio ¡cuando además las condiciones del encierro son las peores para ello! En el libro intenté quedarme lo más pegada posible a mis vivencias en las 3 cárceles que conocí (2 en México y una cerca de París), así como a mi experiencia del juicio. Por supuesto, me refiero sobre todo a las relaciones con las compañeras que compartieron la misma situación de encierro y a todas las reflexiones que ello conlleva.

P. Por otra parte también empezaste a crear en 2009, con la implicación de otra gente, una asociación *La parole est à l'accusé* – LAPAC (El acusado tiene la palabra). ¿Cuáles son los principales objetivos de esta asociación? ¿En que momento está ahora este proyecto?

H. Cuando salió el libro, fue sorprendente ver que esta necesidad de acompañar a los presos para que pudiesen preparar bien su juicio, se volvió obvia para todos, y ¡resultaba increíble que nada se hubiera propuesto antes para colmar este vacío ¡Empecé a encontrarme con muchos actores del mundo judicial - jueces, abogados - con asociaciones que trabajan en el medio penitenciario o fuera para apoyar a las familias o a los recién liberados, así como con algunos de los funcionarios de las cárceles. Muy pronto, con la ayuda algunas personas que nos interesamos por este proyecto creamos la asociación LAPAC y nos preparamos para ocupar este nuevo lugar, a mitad de camino entre el mundo judicial y el carcelario, ya que nos ocupamos de apoyar al preso en su necesidad de posicionarse frente al juez.

Nos llevó mucho tiempo echar a andar, concretamente en el trabajo de acompañamiento. Al fin acabamos de concluir un año experimental en una cárcel de acusados preventivos en París. Acompañamos 4 grupos, de 4 a 6 hombres cada uno, durante 4 meses cada vez. Solemos trabajar en talleres colectivos o en encuentros individuales, para que tomen conciencia de las dificultades a las que tienen que enfrentarse en la audiencias penales, para que así puedan reapropiarse de parte de sus vidas, de su contexto y de su personalidad, dimensiones que podrían querer mostrar “cuando llegue la hora”, y para que se den cuenta de cómo se expresan cuando hablan de sí mismos ante los demás. Es interesante ver como un espacio protegido por la confidencialidad puede permitir que se suelte la lengua, tejer unos lazos de confianza, y tomar conciencia de lo importante que es escucharse unos a otros, sin todas las proyecciones habituales, con el fin de intentar hacerse entender, a pesar de las diferencias que nos caracterizan. El trabajo fue muy estimulante y creemos que vale la pena seguir en esta dirección.

Ahora que terminamos este periodo experimental, estamos en un momento de reflexión y de elaboración de un dossier que queremos ofrecer a los distintos actores judiciales y penitenciarios, con la idea de organizar un coloquio, y proponer una reflexión más amplia sobre el tema de la presencia del acusado en su juicio y, por supuesto, seguir interviniendo en otras cárceles preventivas.

P. Además del libro, has escrito artículos y te han hecho entrevistas sobre la cárcel en diversas Revistas como *Pouvoirs* (2010), y otras más directamente ligadas a reflexionar y denunciar las condiciones de las detenidas y los detenidos como *Dedans Dehors* (2013), editada por la Sección francesa del Observatorio Internacional de las Prisiones, *Prison Justice* (2014), Revista de la FARAPEJ (Federación de las Asociaciones Reflexión-Acción Prisión y Justicia), etc. Os estáis moviendo bastante.

H. Sí, claro, este es otro objetivo de la asociación, aparte de realizar los talleres con los presos: seguir cuestionando, como ciudadanos, qué hacemos con nuestra justicia social y penal. La pregunta es la siguiente: ¿Qué sentido tiene exigirle a la persona que se sale del “buen camino” que se vuelva un “buen ciudadano”, si las propias instituciones, que supuestamente encarnan *la justicia*, no lo tratan como un “buen ciudadano”? Nadie puede aceptar una condena si no ha podido expresar quien es, si no ha sido reconocido como lo que es, con su contexto propio, y sin sentirse escuchado. Es como si sintiera que el que ha sido juzgado no ha sido él, es como si debiera pagar por otro... Todo esto ya es suficientemente sintomático del lugar que se le deja al interlocutor que no tiene un discurso reconocido como válido ante las instituciones sociales. Contra estas limitaciones, precisamente, pretendemos seguir trabajando.

Referencias

- CASTEL, H. (2009). *Retour d'exil d'une femme recherchée*. París: Ed. do Seuil
- CASTEL, H. (2010). Quelle prison pour quelle réinsertion? *Pouvoirs*, (135), 53-67. Disponible en: <http://www.cairn.info/revue-pouvoirs-2010-4-page-53.htm>
- CASTEL, H. (2013). Expression en prison : la parole disqualifiée. *Dedans Dehors*, (79), 40-42.
- CASTEL, H. (2014). Donner la parole aux prévenus. *Prison Justice* (107), 23-26.
- GOFFMAN, E. (1970). *Internados : ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA, F. (2002, junio). Conversación con Robert Castel sobre Pierre Bourdieu y la sociología crítica. *Viento Sur* (62). Disponible en: <http://www.vientosur.info/spip.php?article1823>
- VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA, F. (1997). Centralidad de la cuestión social, conversación con Robert Castel. *Archipiélago* (29), 42-55.

